



**PAPELES
ACADÉMICOS
DE LA USI**

ISSN: 2718 - 8329

AÑO I | NÚMERO I | MAYO 2021

**Fronteras y anti-fronteras entre las hipotéticas
lecturas de Laclau y Foucault de Magnitud
imaginaria de Stanislaw Lem**

por Jorge Pradella

EQUIPO DE TRABAJO

Director

Marcos Mutuverría

Diseño Editorial

Mariana Betoño

María Sol Besada

Consejo Académico - Editorial Poliedro

Enrique Del Percio

Jerónimo Biderman Núñez

María Laura Ochoa

Pablo Bulcourf

Ana Arzoumanian

Tomás Rosner

Emilce Cuda

Enrique Martínez Larrechea

Juan Francisco Martínez Peria

El contenido de los artículos no refleja la opinión editorial de Papeles Académicos ni de la Universidad de San Isidro. Por lo tanto, los editores no son responsables de las formas de expresión y usos del lenguaje que utilizan los autores, aunque el Consejo Académico recomienda atenerse a la normativa del idioma castellano o del portugués, cuando así corresponda.

Papeles Académicos es una publicación de la Universidad de San Isidro "Dr. Plácido Marín".

Dirección: Av. Del Libertador 17.175, Béccar, San Isidro, Provincia de Buenos Aires, Argentina

Código Postal: 1642 | Teléfono: 4732-3030

Correo electrónico: papelesacademicos@usi.edu.ar

ISSN 2718- 8329



Fronteras y anti-fronteras entre las hipotéticas lecturas de Laclau y Foucault de *Magnitud imaginaria* de Stanislaw Lem

Por Jorge Alberto Pradella¹

jpradella64@gmail.com

¹ Licenciado en Publicidad, con pronta defensa de su tesis de la Maestría en Análisis del Discurso de la Universidad de Buenos Aires. Profesor de Teoría del Periodismo; Redacción y Gramática; Análisis del Discurso; Semiótica y Taller de Redacción en la Universidad de San Isidro (USI), Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) y en la Universidad Argentina de la Empresa (UADE).

Fronteras y anti-fronteras entre las hipotéticas lecturas de Laclau y Foucault de *Magnitud imaginaria* de Stanislaw Lem

Resumen

El siguiente trabajo es un análisis en clave ensayística, en el cual se suspenderá levemente el juicio crítico y se abordará la hipotética lectura de la obra de ficción *Magnitud imaginaria* de Stanislaw Lem, por parte de Ernesto Laclau y Michel Foucault. Se elegirán definiciones de los dos autores y se establecerán, con las debidas licencias, cruces, divergencias y paralelismos que hubieran acaecido de haberse producido realmente el enfrentamiento con el texto de ficción.

Palabras clave

Creatio cis-humana – *creatio* trans-humana – series temporales – dominación – límites.

Introducción

Tanto Michel Foucault como Ernesto Laclau, comparten la conexión con el discurso desde las miradas marxistas y postmarxistas y es fácil encontrar divergencias aunque no oposiciones netas. De hecho Laclau cita frecuentemente al pensador francés y, en algunos casos, lo toma como referente.

Foucault tiene una tendencia manifiesta a relativizar las afirmaciones supuestamente canónicas y eso lo separa de Laclau, que elige las definiciones —si bien no dogmáticas— más concretas o si se las puede llamar así, más estabilizadas. A vuelo de pájaro, en su *Arqueología del saber*, el primero plantea que la historia es una sucesión de brechas, de superposiciones, continuidades y discontinuidades, y sostiene que los hechos históricos no terminan un día y al siguiente comienzan otros, sino que son un devenir indeterminable de solapamientos, intervenciones y encabalgamientos, signado por lo discursivo. Laclau sostiene que para la autodefinición es necesario del otro, con el cual se organizan fronteras que incluyen, excluyen o condicionan, pero que siempre determinan, marcan y construyen identidad, entre otras cuestiones. Stanislaw Lem, en su obra *Magnitud imaginaria. Biblioteca del siglo XXI*, más precisamente en el capítulo “Historia de la literatura bítica” (sobre este tema se profundizará más adelante), arma una inquietante ficción —para nada apocalíptica o distópica— en la que las máquinas, las computadoras, se independizan del hombre que las creó y generan su propia literatura. Y este proceso de la emancipación de lo cibernético respecto de lo humano se desarrolla en diferentes etapas y el autor se dedica, con mucho detalle, a detallar el surgimiento de muy precisas fronteras. Probablemente tanto Foucault como Laclau hayan leído la obra de Lem —la escribió en 1973, en plena producción intelectual de ambos— por lo que surge una pregunta: ¿cómo hubieran analizado Foucault y Laclau estas fronteras tan críticamente marcadas por Lem?

¿Qué es la literatura bítica?

Magnitud imaginaria. Biblioteca del siglo XXI es una obra muy especial —heredera de la más rancia estirpe borgesiana—, ya que no se trata de relatos, sino de una serie de prólogos a libros inexistentes situados más allá de las fronteras del siglo veinte. Aparecen autores, editores y editoriales, todas ficticias, pero tratadas con un muy cuidado efecto de realidad y gran rigor académico, vale decir, los prólogos y las características de las obras responden a todos los formatos canónicos del caso. En el capítulo intitolado “Historia de la literatura bítica en cinco volúmenes”, se historiza el nacimiento de una literatura totalmente creada por máquinas (computadoras) que se han emancipado de sus creadores, los hombres. El presente trabajo surge por el conocimiento de oídas de esta temática general y en particular de algunos planteos de este capítulo, para luego, con la lectura efectiva, transformarse en un planteo intelectual. En dicho capítulo, como ya se ha dejado claro, no hay ningún espíritu apocalíptico o distópico, esto es, no existen conflictos entre máquinas y seres humanos, sino una pacífica y productiva convivencia. Ahora bien, esta evolución cibernética —según Lem— no se dio en forma espontánea y radical, sino que se operó por fases. Y el autor polaco tipifica estas fases según las cuales, las máquinas tomaron consciencia de sí y decidieron la independencia “intelectual” de sus creadores. La primera fase es “la superación de la llamada barrera de la inteligencia, debido al trabajo de los constructores”; le sigue una fase de “acción autorregeneradora de los mecanismos [...] no ideada ni proyectada por aquellos”, para finalmente arribar a “las relaciones paulatinamente establecidas entre las máquinas y los hombres como consecuencia del «interés recíproco por el reconocimiento de las posibilidades y limitaciones ambilaterales»”. Esta última cita entre comillas españolas corresponde a un estudioso apócrifo de nombre Yves Boncourt. Aquí comienzan las primeras fronteras que, en un ejercicio de imaginación, hubiesen cruzado los pensamientos de Laclau y Foucault, pero esto y lo que sigue se retomará más adelante. Lem, atento a la lógica que rige a la ciencia ficción, es decir, no es cuestión de inventar disparates, sino de moverse dentro de una férrea lógica narrativa, detalla una escisión que con habilidad deja en el terreno de lo indeterminado, cuando asegura: “A pesar de que las categorías de «irracionalidad mecánica» y de «soberanía de pensamiento» conservan su validez, nos damos cuenta de que no las separa ninguna frontera concreta y definitiva”. Lem pudo haber leído a Foucault, que escribió *La arqueología del saber* en 1969.

Según el autor, este acercamiento de intereses produjo la división en la producción literaria bítica entre “*creatio* cis-humana” y “*creatio* trans-humana”. En la primera, las obras producidas por las máquinas responden a un encargo humano vehiculado por una programación intencionada; en la otra, ya no existe tal “encargo”. Segunda y especialmente interesante frontera planteada por la creatividad de Stanislaw Lem, porque surge la pregunta que se haría Foucault: ¿dónde se halla el punto preciso en el cual lo “cis” pasó a “trans”? Y tal vez Laclau, más cercano al concepto de límite como una positividad, diría: “debe existir un sistema, para que las diferencias existan deben constituir un sistema”.

Las anti-fronteras de Foucault

Michel Foucault, en su faceta de historiador, tiene la tendencia a la relativización de aquellos conceptos que le son caros a otros historiadores o mejor dicho, a los historiadores tradicionales. Foucault duda de los períodos con finales abruptos

y comienzos en consonancia. Duda de las fronteras, de aquello que finaliza en un corte limpio y da lugar a otra cosa que arranca de cero. Descrie de las oposiciones tajantes y afirma por ejemplo: “la irregularidad no se opone a la regularidad: una regularidad se opone a otra regularidad” (Foucault, 2010) lo que lo coloca en un campo de superposiciones y solapamientos históricos e ideológicos. Y ese carácter que tiende a lo relativo —hablar de relativista sería casi un anacronismo— lo lleva a fundar definiciones que en sí mismas instalan fecundas incertidumbres, como cuando afirma:

En el caso de que se pudiera describir, entre cierto número de enunciados, semejante sistema de dispersión, en el caso de que entre los objetos, los tipos de enunciación, los conceptos, las elecciones temáticas, se pudiera definir una regularidad (un orden, correlaciones, posiciones de funcionamientos, transformaciones), se dirá, por convención, que se trata de una *formación discursiva* [...] (Foucault, 2010)

Aquí, con la frase modalizadora “En el caso de que se pudiera describir [...]”, instala las condiciones de su pensamiento. Hace aletear esa duda permanente que marcará todo el camino recorrido en *La arqueología del saber*, obra de donde se extraerán los pensamientos que se ¿opondrán? con los de Ernesto Laclau, en esa imposible —o quizá no tanto— lectura en paralelo de *Magnitud imaginaria*.

Así, luego de definir el constructo teórico de formación discursiva, Foucault mismo lo pone en crisis (algo que ya hizo en la misma definición), y la emprende contra su sincronía, su devenir temporal por fases, por momentos separados por líneas o brechas. Porque al definir las formaciones discursivas, asegura que la Arqueología:

[...] descuida las series temporales que pueden manifestarse en ellas; busca reglas generales que valen, uniformemente, y de la misma manera, en todos los puntos del tiempo: no impone entonces, a un desarrollo quizá lento e imperceptible, la figura apremiante de una sincronía. (Foucault, 2010)

“Figura apremiante de una sincronía”. Con esta frase deja plasmada su idea de historia, pero no por ello se entrega del todo a la diacronía porque a las dos las considera demasiado esquemáticas, tajantes, amigas de lo que muere para dar vida a lo nuevo. Y dice: “[...] como si sólo hubiera tiempo en el instante vacío de la ruptura, en esa fisura blanca y paradójicamente intemporal en que una formación repentina sustituye a otra”. Si se pudiera diseñar un ejemplo, sería el siguiente: para Foucault, el Renacimiento no siguió a la Edad Media luego de un corte abrupto, es decir, los seres humanos de ese entonces no se despertaron un día y se dijeron “bien, ya es 1453, cayó el Imperio Bizantino, quitémonos las ideas medievales y comencemos con las renacentistas”. Muy probablemente haya habido intelectos adelantados que durante la Edad Media ya eran renacentistas y muy seguramente, durante el Renacimiento pervivieron pensamientos medievales. Colocar un corte cismático quirúrgico no es más que una convención, acerca de la cual los autores de la Historia todavía no terminan de ponerse de acuerdo. Esto viene a significar que las formaciones ideológicas y sus formaciones discursivas se encabalgan. Pero alguien tiene que marcar un fin y un comienzo, pero eso se logra a través de un extrañamiento, de un alejamiento que aporta una perspectiva más objetiva que permita marcar una frontera relativamente visible. Y por supuesto: de una convención. Pero no es ese el interés de Foucault: él describe de las fronteras, él suscribe con la antifrontera y abona la posibilidad de espacios no del todo determinados en los cuales se da

una gradualidad que vivida desde dentro, produce una uniformidad. Otro ejemplo: en teoría la temperatura ideal son los 20 grados centígrados y nadie está dispuesto a afirmar que a 19 grados siente frío y a los 21, calor. Las diferencias térmicas claras se ubican en los polos, por decir: 5 grados o 35 grados. Y sólo se pueden establecer diferencias sensibles significativas si se salta de los 20 grados a los 5 o a los 35.

Para volver a Foucault (2010) y a las formaciones discursivas, tema sobre el que sostiene su desarrollo teórico, asegura que “se las puede encontrar en actividad en enunciados o en grupos de enunciados muy dispersos a través del tiempo”, es decir, el pensamiento medieval —por tomar el ejemplo anterior— puede mantenerse encapsulado durante el Renacimiento y convivir con la época, porque y a riesgo de contradecir lo expresado hasta ahora, se puede producir, analíticamente,

[...] una suspensión de las continuidades temporales, digamos más exactamente del calendario de las formulaciones. Pero esta suspensión tiene precisamente por objeto hacer que aparezcan unas relaciones que caracterizan la temporalidad de las formaciones discursivas y la articulan en series cuyo entrecruzamiento no impide el análisis. (Foucault, 2010)

Entrecruzamiento. En este término se centra el poder del análisis de Foucault a la hora de leer la historia: no hay fin y comienzo; no hay líneas definidas que separen hechos o ideologías. Hay entrecruzamiento, encabalgamientos, hibridaciones. Las sucesiones son borrosas, líquidas, superpuestas, porque lo que la Arqueología deja en suspenso es

[...] el tema de que la sucesión es un absoluto: un encadenamiento primero e indisoluble al cual estaría sometido el discurso por la ley de su finitud; es también el tema de que no hay en el discurso más que una sola forma y un solo nivel de sucesión. (Foucault, 2010)

Esto es porque no hay una única sucesión, no hay un tiempo único y uniforme, sino un tiempo del tiempo. Un tiempo para cada formación discursiva, que se solapa con otras sucesiones de otros tiempos que aparecen paralelos, simultáneos o no, imbricados o no, pero siempre fluyentes, “la de los procesos cortos o durables, la de los fenómenos instantáneos y de las permanencias, se trata de mostrar cómo puede existir la sucesión, y a qué niveles diferentes se encuentran sucesiones distintas.” (Foucault, 2010). Sin embargo, y a despecho de lo dicho hasta aquí, Foucault no cae en la trampa nihilista de que no existe el cambio o que todo es un tejido uniforme. Demuestra interés en el proceso de cambio porque al extender la mirada da cuenta de que desde un determinado punto de vista, es posible visibilizar un cambio, una mutación. Foucault no niega el cambio, simplemente niega el cambio abrupto, marcado, identificable a simple vista y lo deja en claro cuando dice que existe un plano “[...] en el que se efectúa la sustitución de una formación discursiva por otra. Estos acontecimientos, los más raros, son, para la arqueología, los más importantes: en todo caso, únicamente ella puede hacerlos aparecer.” (Foucault, 2010). Y no es contradicción: quiere decir que es necesario poner atención al momento casi inabismable en el cual una idea languidece y otra surge; espacio de muy difícil acceso, espacio de transformación: “La desaparición de una positividad y la emergencia de otra implican varios tipos de transformaciones.”

(Foucault, 2010). Entonces hace énfasis en el desprecio por la ruptura, por la frontera, por esa valla que marca un “aquí” y un “allá”; un “adentro” y un “afuera” y acepta que

La idea de un solo corte que dividiera de una vez y en un momento dado todas las formaciones discursivas, interrumpiéndolas con un solo movimiento y reconstituyéndolas según las mismas reglas, es una idea inconcebible. La contemporaneidad de varias transformaciones no significa su exacta coincidencia cronológica: cada transformación puede tener su índice particular de "viscosidad" temporal. (Foucault, 2010)

¿Cómo habrá leído entonces —a la luz de estos conceptos— la *Historia de la literatura bítica* de Stanislaw Lem y sus tránsitos de producción cis-humana a producción trans-humana?

Las fronteras de Laclau

Pareciera necesario aclarar que de ninguna manera se supone que Ernesto Laclau no pudiera dar cuenta de las sutilezas —o no tanto— que Foucault despliega a la hora de analizar la cuestión de las fronteras. Laclau leyó a Foucault y recibió su influencia y, comentario a riesgo del autor de estas líneas, de seguro Foucault leyó a Laclau. La estatura intelectual del argentino habilita esta especulación. Asimismo, aporta afirmar que todo este trabajo es una especulación teórica, para la cual es necesario que se produzcan contrastes, divergencias y paralelismos que probablemente en la realidad no hubiesen existido. Esto intenta justificar lo que sigue.

Laclau, en su obra en colaboración con Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*, se esfuerza, por lo menos en una parte de la obra, hacia el hallazgo de ciertos límites que puedan establecer el funcionamiento de un sistema discursivo. Apunta al hallazgo de ciertas piezas, engranajes que lo obligan a darles forma discreta, conminadas a ciertos espacios determinados por fronteras. Fronteras que identifica con la diferencia, con la posibilidad de construir identidad a partir de la alteridad, vale decir: “el otro” es constitutivo de la propia identidad. Y sostiene que:

Si las diferencias no constituyeran un sistema, ningún acto de significación sería posible. El problema es, sin embargo, que si la posibilidad del sistema es equivalente a la posibilidad de sus límites, podemos pensar con Hegel que pensar los límites de algo implica pensar lo que está más allá de esos límites. (Laclau, 2010)

¿Y qué es lo que está más allá de esos límites? Aquello que es opuesto, diferente, pero constitutivo al mismo tiempo. Se marca entonces un aquí y un allá, que necesariamente coloca una frontera, ya que si no se es algo, permite pensar que otro será ese algo, con una fuerte conexión al concepto de valor del signo lingüístico de la herencia saussuriana. Debe por lo tanto existir un límite —al que se preferirá por momentos llamar “frontera”, para la coherencia del planteo— pero

ese límite a su vez instala una crisis, una contradicción, porque líneas más abajo asegura que “[...] esos límites no pueden ser ellos mismos significados sino que tienen que mostrarse a sí mismos como *interrupción* o *quiebre* del proceso de significación.” (Laclau, 2010). Vale decir, una frontera que aísla a un exterior excluido (constitutivo) de un interior incluido y, a su vez, una negación de proceso, de fluir, lo que construye una “[...] situación paradójica de que aquello que constituye la condición de posibilidad de un sistema significativo —sus límites— es también aquello que constituye su condición de imposibilidad —un bloqueo en la expansión continua del proceso de significación.” (Laclau, 2010). Y esto se refuerza cuando deja en claro que más allá de lo paradójico del planteo, es necesario asumir que aquello que funda un “allá” y un “acá” obligadamente no puede ser neutral a riesgo de no ser auténtico, “[...] los límites auténticos nunca son neutrales sino que presuponen una exclusión. Un límite neutral implicaría que él es esencialmente continuo con lo que está a sus dos lados.” (Laclau, 2010). Si esto se aplicara a la cuestión histórica, ámbito en el que Foucault se ubica en su Arqueología, supondría cortes mucho más sincrónicos que diacrónicos en el devenir de la humanidad. Lejos está de este ensayo el suponer que Laclau no tuviera en cuenta esto, simplemente se trata de ir perfilando el apartado que seguirá, en el cual se llevará a cabo una oposición, figurada, de cómo hubieran leído a Lem cada uno de estos pensadores.

Laclau es aún más terminante a la hora de fijar fronteras, cuando expone el constructo teórico de exclusión, al que propone como factor de producción de auténticos límites “[...] dado que la realización de lo que está más allá del límite de exclusión implica la imposibilidad de lo que está de este lado del límite. Los límites auténticos son siempre antagonicos.” (Laclau, 2010). Y sostiene que para que esta operación se haga posible es necesario que lo que se ubica más allá de la frontera de exclusión, se comporte como pura negatividad, como amenaza o como significante de la pura amenaza.

Así y considerando estos términos de lo excluido como negatividad, pero negatividad constitutiva en sí, se pueden extraer algunos datos interesantes acerca de cómo Laclau plantea la cuestión de ciertas relaciones sociales, en especial en su *Hegemonía y estrategia socialista*. Particularmente son de interés los conceptos de “subordinación”, “opresión” y “dominación” porque es posible aplicarlos a la hipotética lectura de “Historia de la literatura bítica”. Es significativo pensar que Laclau, cuando define estas tres ideas, establece una suerte de gradación que incorpora en sí misma una crisis, pero se retomará esto unos renglones más abajo, para dar lugar antes a una definición somera de estas tres nociones.

Según Laclau, la subordinación es “[...] aquella en la que un agente está sometido a las decisiones de otro —un empleado respecto a un empleador, por ejemplo, en ciertas formas de organización familiar, la mujer respecto al hombre, etc. [...]”. (Laclau, 2010), mientras que las relaciones de opresión son “[...] aquellas [relaciones] de subordinación que se han transformado en sedes de antagonismos” y se llamarán relaciones de dominación “[...] al conjunto de aquellas relaciones de subordinación que son consideradas como ilegítimas desde la perspectiva o el juicio de un agente social exterior a las mismas [...]” (Laclau, 2010).

Para volver al tema de la gradación y crisis mencionadas más arriba, siempre en sintonía con encontrar puntos de apoyo para la hipotética lectura, es interesante pensar en cómo establecer una frontera definida que, traspasada, produce migraciones. A saber: de relación de subordinación a la opresión y de ella (traspasada otra frontera) a una de dominación. Foucault pondría su interés en ese instante efímero, casi inasible —o inasible al fin— en el cual una mirada capaz de una percepción privilegiada pudiera sentenciar: “cuidado, hemos pasado la frontera y abandonado una relación para constituir otra”. Y esa mirada crítica, según Laclau existiría porque sostiene que debe haber una “perspectiva o el juicio de un

agente social exterior a las mismas”, vale decir, los implicados en esas relaciones pueden no tener toda la capacidad (de seguro por su grado de involucramiento) para llevar a cabo sesgos precisos y tajantes.

Sin embargo se descubre como una suerte de funcionamiento propio de las sociedades, el marcar estas fronteras. Límites visibles desde una perspectiva externa que tiene la capacidad de dominar la concentración de puntos aquí y allá, capacidad inherente a su exterioridad, a su “mirada de altura”. Esto se ve en la frase de Laclau “se trata siempre de la construcción de una identidad social [...] sobre la base de la equivalencia entre un conjunto de elementos o valores que expulsan y exteriorizan aquellos otros a los que se oponen.” (Laclau, 2010)

En resumidas cuentas, Laclau estima como necesarias o más bien como fundantes e inmanentes a la sociedad, las relaciones de exterioridad/interioridad y las de exclusión/inclusión. Estas oposiciones propondrían límites, fronteras relativamente visibles que aportarían una ilusión de control sobre relaciones que, en este caso particular, se ven reflejadas en subordinación, opresión y dominación. Y sigue flotando la pregunta: ¿cuándo, en qué instante perceptible, una relación pasa de ser una a la otra? Tal vez no tienen la respuesta ni Laclau ni Foucault, porque los dos puntos de vista son posibles: a grandes y reductores rasgos, uno acepta (o necesita aceptar) fronteras para sostener su discurso; el otro no acepta (o necesita no aceptar) fronteras para articular el suyo.

Fronteras y anti-fronteras entre las lecturas de Laclau y Foucault, de *Historia de la literatura bítica* de Stanislaw Lem

A riesgo de caer en lo redundante, se aclara que este ejercicio ligado casi con lo narrativo, sólo pretende especular, con una lectura que estos teóricos hubieran podido tener de la obra de Lem y no, en absoluto, colocar a sus puntos de vista en polémica. Tampoco se puede negar que tal ejercicio sería muy fructífero, pero excede los objetivos de este trabajo.

Este ensayo postula una “lectura posible”, así como en Narratología se habla de “mundos posibles”, que responden a las reglas de las oraciones contrafácticas, las cuales “[...] hacen aserciones acerca de qué hubiera pasado si unos acontecimientos determinados se hubieran desarrollado de un modo distinto a como en realidad lo hicieron.” (Martínez y Scheffel, 2011). Entonces la pregunta es: ¿qué hubieran encontrado Laclau y Foucault en común y en qué hubieran divergido respecto de la “Historia de la literatura bítica”?

Para comenzar parece interesante refrescar un concepto que se erige como central en este asunto: Lem propone una suerte de evolución en las computadoras, vale decir, abandonan su función responsiva, alineada a las necesidades y mandatos de la especie humana, para alcanzar una emancipación que las autoriza a crear sus propias obras literarias. Con más detalle, en el principio se separan de la inteligencia humana para generar la propia, luego se produce una reconstrucción de los mecanismos de producción, independientes de los iniciados por los humanos y finalmente un estadio de mutuo interés en las producciones de las dos “especies”. Así surgen la era “cis-humana”, de producción por encargo de los humanos y la “trans-humana” de producción independiente de aquellos. Aquí, en principio, se instalan aparentes fronteras. Fronteras que se hacen visibles ante la hipotética posibilidad de producir un extrañamiento al mejor estilo antropológico y mirar el territorio desde una determinada altura. Desde esa posición tal vez sería factible ver las marcas, los límites según los cuales uno podría decir: “he aquí una concentración de hechos que oscurecen un sector y

nos permitirá decir que de este lado se encuentra la literatura cis-humana y de aquel otro la trans-humana”. Se trataría de la mirada de Laclau, que se coloca frente a los hechos con predisposición para aclararlos, definirlos, colocarles límites que darían como resultados determinadas identificaciones. Pero Foucault preferiría bajar de esa altura y saturar la mirada con los hechos mismos, pero por tal cercanía no lograría (o no querría lograr) determinar cortes abruptos, fronteras, límites. Laclau posiblemente dijera que la emancipación de las máquinas se dio porque se hacía necesaria una constitución del ser, pero todavía determinada por el otro, por el humano. Laclau buscaría establecer cuándo se dio que la máquina dijo “basta” y dicho “basta” originó un cisma, un interior y un exterior, pero constitutivo. Foucault hallaría superposiciones, entrecruzamientos, neblinas, dudaría al querer “cerrar” una frontera tajante. Tal vez se preguntaría “¿hubo un momento determinable en el cual la máquina dijo “basta”?” Y se haría otra: “¿quién lo determinó? ¿Humano o máquina?”

Laclau buscaría establecer un sistema de diferencias, porque “se trata siempre de la construcción de una identidad social [...] sobre la base de la equivalencia entre un conjunto de elementos o valores que expulsan y exteriorizan aquellos otros a los que se oponen.” (Laclau, 2010). Así las máquinas necesitaron dejar en claro dichas oposiciones -si bien constitutivas- no necesariamente constituyentes. Saber que el otro es el otro les permitió a las máquinas reconfigurar sus inteligencias y sus procesos con el objetivo de crear su propia literatura. A esto Foucault podría haber contestado: “La idea de un solo corte que dividiera de una vez y en un momento dado todas las formaciones discursivas, interrumpiéndolas con un solo movimiento y reconstituyéndolas según las mismas reglas, es una idea inconcebible”. Foucault descrea que las máquinas se independizaran de un día para el otro; descrea que de lo cis-humano se pasara a lo trans-humano de un plumazo. A su vez Laclau, ningún pensador pueril, es plenamente consciente de que toda revolución estalla en algún momento pero no es otra cosa que el resultado de un proceso. Simplemente tiene interés en dejar identificados a los actores que se encuentran de un lado y otro de un límite, porque su pensamiento es global, histórico, basado en una diacronía integrada por una sucesión de sincronías. Laclau habla de subordinación, opresión y finalmente de dominación. La pregunta es: ¿cuándo una relación de subordinación pasa a opresión y luego a dominación? ¿Cuál es ese punto de inflexión y de salto? Se preguntaría Foucault: ¿cuál es ese instante infinitesimal en el que se pasa de un estado al otro? Laclau respondería: “para verlo es necesario proyectarse, buscar la nube de hechos que se concentran, forman una mancha visible y luego de ellos, erigidos como límite, confinan procesos aislados y aislables, pero contingentes con un todo”.

Diría Laclau: “no es tan difícil determinar esa frontera en la cual la máquina cesó de trabajar para el humano y comenzó a hacerlo para ella. Ha de haber una obra que es totalmente producción de las máquinas, la primera, la fundacional: todas las demás, aquellas que espesaron la nube de puntos hasta alcanzar a esa primera, son exteriores ahora y, esa primera, inaugura un interior. Sin embargo aquel exterior a su vez fundado, no deja de ser constitutivo, porque es el punto de partida para la diferencia. Ese exterior es constitutivo porque es una negatividad que avala la formación de un «yo maquinal» concreto, con contornos precisos y en sistema”.

Y Foucault: “pudo haber acaso obras en colaboración, con porcentajes variables de pensamiento humano y pensamiento maquinal. Pudo haber plagio: una máquina copió un texto producido por una máquina anterior que trabajó por orden humana y le añadió algo de su cosecha. Una obra 90% escrita por una máquina y el resto por un humano: ¿es totalmente maquinal? Pregunta final: “¿quién determina que existe una primera y fundacional obra de las máquinas?”

En una palabra: Foucault se concentra en la dispersión, en la niebla de las superposiciones; Laclau no la desconoce, pero eleva su mirada (no en el sentido de superioridad, sino de punto de vista) y observa las grandes marcas de las discontinuidades constitutivas.

Conclusión (si pudiera haber una)

Este ejercicio, por demás placentero, tan solo buscó obligar al autor a adentrarse —no todo lo profundamente que era posible— en el pensamiento de Laclau, por lo menos en la expresión de dos de sus obras, bastante separadas en el tiempo cronológico y en el tiempo intelectual. Pareció interesante “oponer” el pensamiento de Michel Foucault, porque por lo menos en la cuestión de límites y fronteras, presentaba una divergencia estimulante y por qué no decirlo, inquietante. Ponerlos a “leer” a Stanislaw Lem apareció como una posibilidad arriesgada pero muy fructuosa, porque leer “Historia de la literatura bítica” a través de los ojos de estos dos teóricos hace pensar en las muchas otras especulaciones posibles. Una de ellas y no menor es la de la postulación de las fronteras entre lo no real y lo real y del acaecimiento de la mutación del primero al segundo.

Arroja como conclusión o, tal vez menos pretenciosa, como reflexión de un empedernido lector de Borges, que la historia es una o muchas, que los hechos están o estuvieron ahí, pero la mirada construye, deconstruye y reconstruye, y sobre todo la mirada de dos titanes del pensamiento como Ernesto Laclau y Michel Foucault.

Bibliografía

Foucault, Michel. (2010). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Laclau, Ernesto y MOUFFE, Chantal. (2010). *Hegemonía y estrategia socialista: hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lem, Stanislaw. (2013). “Historia de la literatura bítica en cinco volúmenes” en *Magnitud imaginaria. Biblioteca del siglo XXI*. Salamanca: Impedimenta.

Martínez, M. y Scheffel, M. (2011). *Introducción a la narratología. Hacia un modelo analítico-descriptivo de la narración ficcional*. Buenos Aires: Las Cuarenta.